

El triunfo “peronista” en Argentina

Gary W. Wynia

***E**n julio de 1989 se inició el mandato presidencial de Carlos Saúl Menem. En contra de todas las expectativas, durante su primer año en el poder ha permanecido ajeno a la práctica populista, característica del peronismo. Sus medidas económicas y políticas han estado orientadas a afrontar la profunda crisis que vive el país en todos sus órdenes.*

El artículo que publicamos a continuación¹ analiza cuál es la actual situación política y económica de la nación austral.

* * *

LA PRESIDENCIA DE RAUL ALFONSIN rápidamente se está convirtiendo en historia antigua en Argentina. Después de tener éxito en la restauración de la democracia, vio cómo su liderazgo sucumbía gradualmente, dejándole la única alternativa de entregar el poder al peronista Carlos Saúl Menem en julio de 1989, seis meses antes de lo previsto.

Alfonsin, el dirigente de la Unión Cívica Radical, esperaba llegar al final de su mandato cuando introdujo un nuevo programa económico en agosto de 1988. El programa, denominado Plan Primavera, buscaba desacelerar la inflación —los precios se habían incrementado en 26 por ciento en julio— y atraer financiamiento del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y los Estados Unidos, por un total de US\$2.5 mil millones. Pero los acreedores de Argentina, aún insatisfechos por la moratoria de pago de intereses decretada por Alfonsin a comienzos de 1988, se negaron a sus solicitudes. Cuando no llegaron los nuevos préstamos, fue imposible para el Banco Central sostener la moneda argentina en la tasa de catorce australes por dólar, o mantener los precios bajos. El Plan Primavera se deshizo en febrero de 1989, llevándose consigo la confianza pública y el liderazgo de Alfonsin².

Eduardo Angeloz, el candidato a la presidencia de la Unión Cívica Radical para las elecciones presidenciales y legislativas de mayo de 1989, insistió en que Juan Sourrouille y su equipo económico fueran destituidos; Alfonsin accedió a regañadientes en marzo, aunque era evidente que esta acción tendría poco efecto en un aumento de la popularidad del gobierno. El presidente sabía que estaba perdiendo en el campo económico, pero no fue sino hasta después de las elecciones que uno de sus economistas admitió el fracaso en el control del inflado presupuesto gubernamental. El Plan Primavera había sido un ejercicio de última hora en acrobacia económica, com-

II TRIMESTRE 1990

pletamente inadecuado¹. Los precios subieron nuevamente, primero "sólo" 9.6 por ciento en febrero, luego 18 por ciento en marzo y 33 por ciento en abril de 1989, quitando al electorado cualquier deseo de elegir a otro radical para la presidencia.

Carlos Saúl Menem fue la primera persona que los peronistas (el partido justicialista) nominaron como candidato en unas elecciones primarias directas, y no en una convención partidaria controlada por unas cuantas docenas de líderes políticos y sindicales. Esta elección directa fue crucial para el éxito de Menem, puesto que el preferido de la dirigencia del partido era el gobernador de Buenos Aires, Antonio Cafiero. Sólo 1.7 millones de los 4.1 millones de miembros del partido se tomaron la molestia de votar en las primarias de julio de 1988, pero el 53 por ciento de quienes lo hicieron apoyaron a Menem y no al favorito Cafiero.

Comenzando su campaña en agosto, Menem recorrió el país confiando en el contacto personal a nivel de bases, y exhibiendo la misma jovialidad que lo había hecho un gobernador popular en la provincia de La Rioja. En lugar de hacer énfasis en alguna cuestión específica, Menem hacía llamados por la "reunificación" de Argentina, por una mayor productividad y por más justicia social. Cuando estas consignas no conmovían a nadie, él les recordaba cuánto habían sufrido en los cinco años de Alfonsín: tandas de inflación astronómica, pérdidas en el ingreso real y un optimismo en declive en torno al futuro de la nación.

Para abril todas las diez encuestas nacionales predecían la victoria de Menem por una cifra entre 33 y 47 por ciento del voto popular. Cuando terminaron los escrutinios el 14 de mayo, había obtenido el 47 por ciento de los sufragios, contra el 37 por ciento de Eduardo Angeloz. Menem recibió un apoyo mayoritario en sólo ocho de las 24 provincias, pero acumuló una mayoría relativa en todas, con excepción de cinco de ellas, lo cual garantizaba su victoria en el colegio electoral. Los peronistas podían al fin reclamar legítimamente el derecho de gobernar la democracia argentina.

Los peronistas también ganaron 17 asientos más en la Cámara de diputados, lo que les daba un total de 127 curules, exactamente la mitad de la cámara. Entre tanto, los radicales perdieron unos cuantos puestos, quedando sólo con el control de un tercio de la cámara. Nada de lo anterior transformó a las distintas facciones peronistas en un partido político verdaderamente cohesionado, pero el triunfo de Menem fue lo suficientemente amplio como para asegurarle apoyo en el Congreso durante sus primeros cien días.

Cuando lo interrogaron sobre las razones de su derrota, Angeloz confesó que los radicales no se habían recuperado totalmente de la derrota que sufrieron en septiembre de 1987, cuando los peronistas barrieron en las elecciones legislativas y para gobernadores. Algunos radicales se sentaron

a observar, se quejaba Angeloz, mientras que otros se retiraron del todo. Incluso Alfonsín, el demócrata tan admirado, adoptó la actitud del político disgustado que sufría la pena de descubrir cuán rápidamente la gente de todas las clases sociales se volvía contra él³.

Los radicales, quienes varios años antes habían proclamado que estaban construyendo un nuevo partido mayoritario, descubrieron qué tan equivocados estaban. Al comienzo, Alfonsín había dirigido a Argentina diestramente, pero eso no fue suficiente para asegurar la lealtad de más del 40 por ciento del electorado. Si Alfonsín hubiera logrado más con su política económica, probablemente Angeloz habría triunfado en las elecciones presidenciales de 1989, pero el fracaso del presidente en convertir su plan austral de 1985 en una perdurable conquista contra la inflación condenó a Angeloz. Las acrobacias del Plan Primavera no se acercaron a lo que podía ser una contrapartida por ese fracaso.

De acuerdo con la Constitución, Alfonsín debía entregar la presidencia a Menem el 10 de diciembre de 1989, seis meses después de la elección de este último. Para sobrevivir todo ese tiempo, Alfonsín intentó obtener el apoyo del presidente electo para su último programa de estabilización de emergencia, que incluía un aumento del 40 por ciento en las tarifas de servicios públicos, un alza de 10 por ciento en el impuesto a las exportaciones agrícolas y un impuesto más alto al valor agregado. Pero Menem se limitó a observar mientras el público entraba en pánico y el valor del austral se derrumbaba hasta 220 por un dólar. Temiendo una catástrofe, los grandes empresarios se unieron al público en general en la demanda de una temprana salida de Alfonsín, para permitir a Menem un pronto comienzo.

Inicialmente Alfonsín se resistió, anunciando por televisión el 23 de mayo que terminaría su mandato; sin embargo, pronto se dio cuenta de que había perdido toda representatividad y que podía hacer más por Argentina retirándose elegantemente que persistiendo en el cargo. El 8 de julio entregó la presidencia a Menem. Para su crédito, Alfonsín dejó tras sí un país políticamente más democrático de lo que había sido en todo el siglo; pero los argentinos también deben comer y pagar el arriendo, y la mayoría de ellos recordará a Alfonsín por hacerles más difíciles ambas cosas.

Una sorpresa peronista

CARLOS SAUL MENEM NO ENCAJA en ningún estereotipo presidencial. Luego de graduarse en la Escuela de Derecho en 1955, a la edad de 20 años, regresó a La Rioja, una de las provincias más pobres de la Argentina, para ejercer su profesión y desarrollar política peronista. Hijo de inmigrantes sirios que llegaron a Argentina en 1912 y eventualmente se convirtieron en prósperos comerciantes de vino, Menem cultivó una imagen de playboy fuera de casa, y nunca fue tomado en serio en Buenos Aires. Sin embargo, nunca perdió el contacto con las gentes de La Rioja, donde intentó lanzarse pa-

1/ *Current History*, enero, 1990.

1A/ Judith Evans, "The February Crash", (La Crisis de febrero) *Latin Finance*, mayo, 1989, p. 47.

2/ Ver entrevista con el economista del gobierno Adolfo Canitrot en *Somos* (Buenos Aires), mayo 24, 1989, ps. 48-52; y en *Ambito Financiero* (Buenos Aires), mayo 28, 1989, p. 35.

3/ *La Semana* (Buenos Aires) agosto 3, 1989, p. 15.

ra gobernador en 1963 solo para ser detenido cuando el exiliado Juan Domingo Perón ordenó a los miembros del partido el boicot de las elecciones. Cuando lo intentó de nuevo en 1973, Menem ganó fácilmente.

Los militares derrocaron el gobierno peronista en 1976 y arrestaron a Menem y a otros dirigentes del partido al comienzo del *Proceso*. Pasaron cinco años antes de que fuera liberado y hasta hoy Menem dice que ignora por qué era considerado una amenaza tan grande. Dentro del peronismo, él era militante pero nunca fue muy radical; quería reconstruir un Estado benefactor manejado por los peronistas. Campeón de los pobres de provincia, Menem también admiraba el tipo de empresa privada que permitió a su padre prosperar en su nuevo país. No detestaba el capitalismo, sino a la gente que lo practicaba sin compartir sus ganancias con sus empleados, las provincias más pobres y los políticos peronistas⁴.

Es el presidente más informal que los argentinos hayan visto, y parece estar tan contento en el campo de fútbol y en la cancha de tenis como en la oficina presidencial. Dos semanas después de su posesión, Menem, de 59 años, jugó un partido de fútbol completo junto con la estrella Diego Maradona, para recolectar dinero destinado a ayudar a los pobres. Ningún presidente argentino reciente se había atrevido a realizar esta proeza, o había estado en condición física para intentarlo.

Menem disfruta pidiendo a todo el que conversa con él que se una a su equipo, y se jacta de ser un consumado constructor de coaliciones antes que un hombre de partido a la antigua. Después de su elección, ha empleado casi tanto tiempo reuniéndose con conservadores como Alvaro Alsogaray (un hombre alguna vez odiado por los peronistas), como con los dirigentes sindicales. Hacia dónde quería ir con tales tácticas no es claro para nadie, pero esto aparentemente no disuadió a ninguno de los viejos derechistas oponentes de los peronistas a aceptar su invitación.

Menem conformó su gabinete con peronistas leales y varios ministros independientes. Peronistas como el dirigente sindical Jorge Triaca y el abogado Italo Luder fueron designados como ministros del Trabajo y de Defensa, respectivamente, pero el Ministerio de Relaciones Exteriores fue para Domingo Cavallo, un economista liberal sin filiación partidista. Más sorprendente fue su decisión de escoger al poco conocido Miguel Roig para supervisar la operación de rescate económico. Roig era un ejecutivo retirado del conglomerado Bunge & Born, que ha sido el principal comerciante en granos de Argentina y nunca un amigo del peronismo. Cuando Roig murió de un ataque al corazón el 14 de julio (tan sólo cinco días después de su nombramiento), Menem rápidamente designó a Néstor Rapanelli, otro vicepresidente de Bunge & Born, para reemplazar a Roig. Estaba convencido de que los ejecutivos de las grandes corporaciones eran los únicos que podían inducir a sus colegas a ayudar a poner fin a la crisis económica de la nación.

Las consultas de Menem con los dirigentes empresariales comenzaron realmente seis meses antes de su elección, cuando Jorge Born ofreció los servicios de su firma para colaborar en la preparación del programa económico del nuevo gobierno. Un poco más de diez años atrás, los hermanos Born habían sido secuestrados por jóvenes extremistas y habían tenido que pagar varios millones de dólares por su liberación mientras el gobierno peronista se hacía el de la vista gorda. Pero en 1989 los negocios y el gobierno se necesitaban mutuamente, así que Born hizo a un lado su disgusto con el peronismo.

Los ejecutivos de Bunge & Born estaban de acuerdo con el análisis macroeconómico de Argentina que usualmente escribe el consultor norteamericano ganador del Premio Nobel, Lawrence Klein, un amigo personal de Jorge Born. A finales de 1988, Klein predijo una alta tasa de inflación y un abrupto declive en el consumo para mediados de 1989, peligros altamente temidos por Born, ya que sus empresas producen tanto para el mercado doméstico como para la exportación. Seguro de que Menem ganaría las elecciones, Born compartió con él los datos durante la campaña. Luego, cuando Menem descubrió que asumiría el cargo en julio y no en diciembre, inmediatamente acudió a Born para más ayuda. Atendiendo una invitación de Born, Menem asistió a una elaborada presentación de los economistas de la firma el 23 de mayo, en la que expusieron los problemas que enfrentaba Argentina y explicaron las razones por las cuales el nuevo presidente debería evitar un colapso del consumo. Menem estuvo de acuerdo e inmediatamente designó a Miguel Roig para que actuara según las propuestas de los economistas de Bunge & Born⁵. La recuperación económica no sería fácil. La elección de Menem no había servido para detener la inflación. Por el contrario: en mayo los precios subieron un 78 por ciento y en junio 114 por ciento. Con una tesorería casi vacía, enormes deudas y una economía virtualmente en colapso en sus manos, Menem sabía que el populismo tendría que esperar. Entre tanto pidió a la gente de Bunge & Born que diseñaran los remedios inmediatos. Su programa fue menos moderado y económicamente más ortodoxo que el sugerido por Klein. La propuesta original de Bunge & Born tenía un enfoque neo-keinesiano, mezclando la promoción del consumo con algo de austeridad fiscal. Pero con la inflación fuera de control en junio, eran necesarias medidas más drásticas.

Inicialmente la medicina fue amarga. Roig empezó devaluando el austral a 630 por dólar (en sólo cuatro años, el austral se depreció en un increíble 60.000 por ciento). En medidas que golpeaban más al consumidor argentino, elevó los precios de los servicios públicos. La gasolina, por ejemplo, se incrementó de unos US\$0.40 por galón a más de US\$1.50 en un sólo día. A continuación, congeló los salarios y persuadió a las industrias más grandes para que congelaran sus precios por noventa días. El programa funcionó rápidamente: los precios que habían subido un 196 por ciento en julio, solo aumentaron un 38 por ciento en agosto y escalaron aún menos en septiembre.

4/ Para más datos sobre la biografía de Menem, ver el libro de los peronistas Alfredo Leuco y José Antonio Díaz, *El Heredero de Perón* (Buenos Aires: Planeta, 1989).

5/ *La Nación* (Buenos Aires) julio 23, 1989.

Como siguiente paso, Menem solicitó al Congreso la aprobación de dos leyes vitales dirigidas a reducir drásticamente el tamaño y costo del gobierno argentino. Era de conocimiento público que muchas empresas oficiales estaban agobiadas por enormes déficits —US\$ 1 mil millones para YPF (la compañía oficial de petróleos), US \$500 millones para los ferrocarriles, US \$430 millones para Segba (la compañía estatal de energía eléctrica) y unas sumas menores para otras, con un gran total de US\$5.5 mil millones solo en 1988⁶. Imprimir nuevos billetes para pagar estas cuentas significaba una mayor inflación.

La ley de reforma del Estado autorizó la privatización de varias compañías gubernamentales —algo que los peronistas habían combatido intensamente tres años antes, cuando los radicales propusieron una versión más modesta. Pero Menem argumentó que sin esta transferencia de la propiedad, el gobierno no podría controlar sus finanzas. Tan pronto como fuera posible, las corporaciones privadas, incluyendo las multinacionales, serían invitadas a comprar todas o parte de las firmas estatales más grandes.

La segunda pieza de legislación, conocida como la ley de emergencia, instruyó a las autoridades a suspender subsidios fiscales o financieros dirigidos al sector privado. También proponía medidas más audaces para acabar con la extendida evasión al pago de impuestos en un esfuerzo por incrementar los ingresos del gobierno de 16 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) al 24 por ciento⁷. Luego de un breve debate y alguna oposición de los radicales, el Congreso aprobó ambos actos legislativos, la ley de reforma al Estado y la de emergencia, con sólo unas revisiones menores.

No se ignoró el crecimiento económico, aunque por un tiempo tendría que estar más concentrado que lo normal. Específicamente, Menem desea producir más petróleo y gas natural para la exportación y promover la producción agrícola. Lo primero debería ser logrado trayendo más capital extranjero al negocio del petróleo, un paso que Alfonsín había comenzado hacia pocos años. Para el resto del sector industrial, el énfasis se colocó en fomentar empresas que puedan producir para la exportación.

Menem esperaba que estas medidas impresionaran favorablemente al FMI. Los pagos anuales de intereses sobre la deuda eran de US\$6 mil millones, mientras que el superavit comercial era de sólo US\$3.5 mil millones. Si Argentina debía empezar a pagar intereses otra vez, necesitaría el financiamiento que le fue negado a Alfonsín durante su último año. Menem prometió al FMI que reduciría la inflación el 15 por ciento anual, disminuiría el déficit fiscal al 1.8 por ciento del PIB y estimularía la economía a crecer alrededor del 6 por ciento en 1990, objetivos increíblemente ambiciosos. Pero sin tales promesas, el presidente argentino no tenía la menor oportunidad de recibir créditos del FMI⁸.

Menem tenía pocas alternativas. Debía forzar a los argentinos a aceptar la austeridad, por impopular que fuese. La austeridad no era una solu-

ción peronista, pero estaba dictada por una desagradable realidad que todo el mundo reconocía. En su propia defensa, Menem insistía sin descanso en que "es mejor que la gente me insulte por un año y me aplauda por un siglo, y no al contrario"⁹. Este era un Menem muy distinto del Menem que como gobernador de La Rioja entre 1983 y 1987, había duplicado la cantidad de personas en la nómina provincial y emitido bonos sin ningún valor para ayudar a pagar sus salarios.

Como era predecible, las organizaciones sindicales no se mostraron entusiasmadas con las medidas económicas del presidente. Entonces él intentó adelantarse a las propuestas que pudieran minar su posición. Puesto que Saúl Ubaldini, el secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT) se había fortalecido dirigiendo la oposición a medidas similares tomadas por Alfonsín, Menem quiere que sea reemplazado. El reemplazo de Ubaldini no será tarea fácil, sin embargo, ya que éste recibe apoyo de la poderosa Unión de Trabajadores Matalúrgicos dirigida por Lorenzo Miguel, quien respaldó a Menem en su elección.

Menem no puede darse el lujo de alienar a los dirigentes como lo hiciera Isabel Perón diez años antes. Por ello, ha escogido trabajar calladamente con las facciones de la CGT que también quieran la remoción de Ubaldini. El dilema de Menem es obvio: un movimiento unido que lo respalde lo haría casi que invulnerable políticamente, pero un movimiento en su contra arruinaría rápidamente su operación de rescate económico. En forma similar, una CGT dividida puede encontrar dificultades para resistir a Menem, pero la división arriesga una radicalización de las facciones opositoras, que podrían sentirse empujadas a demostrar su militancia ante la base. Por esta razón, Menem ha escogido ser cuidadoso en sus tratos con la dirigencia de la CGT, al principio sin hacer nada más que darles a conocer en privado su deseo de que Ubaldini sea reemplazado¹⁰.

Asuntos militares

MUCHOS MILITARES COMENZARON el año de 1989 descontentos. Proclamaban apoyar el gobierno constitucional, pero deseaban un mejor tratamiento de las autoridades civiles. Para algunos, la cuestión era aún su descontento con la persecución y condena de los oficiales responsables de la muerte de varios miles de civiles hacia más de una década. Alfonsín y el Congreso respondieron a sus quejas en 1987 prohibiendo el juicio de todos, con excepción de los oficiales de más alto rango, pero esta acción no los dejó satisfechos. Adicionalmente, muchos jóvenes oficiales se mostraban descontentos con los generales y almirantes, quienes rehusaban reorganizar y modernizar las Fuerzas Armadas, como consecuencia de la Guerra de las Malvinas, y ante la renuncia de Alfonsín a que los militares lo hicieran.

Todo ello provocó otra rebelión dentro del ejército en diciembre de 1988, dirigida por el coronel Mohamed Ali Seineldin. Luego de capturar una

6 / *The New York Times* septiembre 11, 1989.

7 / *The New York Times*, septiembre 15, 1989.

8 / *Buenos Aires Herald* septiembre 17, 1989, p. 2.

9 / *Washington Post National Weekly Edition*, julio 17-23, 1989 p. 15.

10 / *Buenos Aires Herald* agosto 13, 1988, p. 3.

base cercana a Buenos Aires y demandar que Alfonsín destituyera al jefe del Estado Mayor, elevara los salarios de los militares y concediera una amnistía a todos los oficiales, Seineldín negoció con sus comandantes y se rindió después de dos días de discusión. Unas semanas más tarde, Alfonsín destituyó al jefe del Estado Mayor, general José Ciardi, pero no tomó más medidas. Seineldín, un duro derechista, es popular entre ciertos sectores militares, no tanto por sus posiciones ideológicas, como por su oposición al alto mando. Otros oficiales probablemente darán a conocer sus demandas de vez en cuando, por lo cual Menem está tratando de encontrar maneras de tomar la delantera.

Los civiles no son inmunes a la violencia organizada en Argentina. Esto se demostró el 23 de enero de 1989, cuando unas pocas docenas de individuos sorprendieron a la nación al invadir el Tercer Regimiento del Ejército con base en La Tablada, en las afueras de Buenos Aires. Bien armado, el grupo autodenominado Movimiento por la Patria, ingresó a la base en carros y camiones y disparó contra quienes se les opusieron, ganando control sobre porciones de la base hasta que fueron derrotados al día siguiente por unidades armadas. Era evidente la afiliación de ese grupo con organizaciones clandestinas de la extrema izquierda, pero sus motivos aún siguen siendo poco claros, después de varios meses de juicio. De acuerdo con una teoría, ellos temían que oficiales como Seineldín estuvieran a punto de alzarse otra vez e implementar un golpe contra el gobierno, así que atacaron la base en un intento por convencer a otros civiles de que se les unieran.

Sin embargo, no existen evidencias de que se estuviera fraguando un golpe militar, ni de que los atacantes intentaran movilizar a la opinión pública. Otra teoría observa que los civiles fueron engañados por los mismos militares para que atacaran, a fin de recordar a los argentinos que las Fuerzas Armadas son el único grupo que previene una insurrección izquierdista. Hasta hoy no existe evidencia convincente que apoye alguna de las dos teorías.

Durante su campaña, Menem había prometido considerar el perdón para todo el mundo —desde miembros de la junta que gobernó en los años setentas hasta los rebeldes como Seineldín. Sin embargo, ha procedido cautelosamente, sabedor de que hay oposición a tal benevolencia. El asunto ha sido complicado por la diversidad de crímenes involucrados, desde la tortura y el asesinato durante el *Proceso*, hasta la declaratoria de una mal concebida guerra en las islas Malvinas, y la rebelión contra las autoridades civiles y militares. Más aún, otros como el expresidente Jorge Videla, han proclamado que no aceptarán ningún perdón puesto que no creen haber cometido ningún crimen.

Sobre la cuestión del indulto pronto emergieron dos escuelas de pensamiento dentro del gobierno de Menem. Unos argumentaban que la pacificación de los militares era vital para asegurar la paz y construir la confianza de los inversionistas extranjeros, quienes estaban poco dispuestos a gastar más dinero en un país plagado de militares ineficientes. Otros sostenían que aparte de los aspectos obvios moralmente repugnantes de la absolución legal, la interferencia con el sistema judicial sería mal mirada por los gobiernos liberales democráticos, de los cuales Argentina dependía para apoyo económico y político. Los radicales se encontraban tan divididos como los

peronistas: algunos favorecían el perdón, mientras que otros, incluyendo a Alfonsín, se oponían con vehemencia.

En octubre de 1989 Menem comenzó a resolver la dificultad perdonando a casi 20 personas. Cerca de 40 eran oficiales retirados que habían estado involucrados en el *Proceso*; otros habían participado en la Guerra de las Malvinas o habían tomado parte en recientes rebeliones en el ejército. Menem también extendió el indulto a cerca de sesenta civiles, muchos aún en el exilio, quienes habían sido acusados de subversión. Sin embargo, ninguna de las personas que participaron en el ataque a La Tablada estaba en la lista. Otros ocho, incluyendo a los expresidentes Jorge Videla y Roberto Viola, y al dirigente montonero Mario Firmenich, también fueron excluidos, pero Menem prometió que sus casos serían considerados más tarde. Insistió en que los indultos eran esenciales para fomentar el respeto hacia el gobierno constitucional entre las Fuerzas Armadas; no obstante, varios argentinos protestaron contra lo que consideraron una decisión presidencial inmoral, especialmente en lo que tenía que ver con aquellos que habían exterminado varios miles de civiles entre 1976 y 1980¹¹.

Exhibiendo la misma audacia que había mostrado en los asuntos internos, Menem terminó con el embargo comercial argentino a Gran Bretaña (los británicos habían terminado su embargo sobre Argentina en 1985). Aunque reafirmó el reclamo de la soberanía argentina sobre las islas, Menem accedió a iniciar conversaciones con los británicos en Madrid. Sus motivos eran pragmáticos: Argentina necesita más comercio con Europa y ello requiere mejores relaciones con todas las naciones europeas. Los enlaces aéreos y marítimos entre los dos países y entre Argentina y las Malvinas, y los derechos de pesca y medios de prevención de incidentes militares fueron asuntos que se discutieron en la reunión bilateral de octubre 17 de 1989. En esa reunión, Gran Bretaña y Argentina renovaron sus relaciones diplomáticas. Menem desea convencer a las naciones del mundo de que Argentina está ingresando en una nueva época, que requiere de respuestas frescas.

En su viaje a la Asamblea General de las Naciones Unidas de septiembre de 1989, Menem invitó a otros jefes de Estado a observar más de cerca a Argentina y lo que él trataba de hacer por su país. En particular deseaba que los norteamericanos "pusieran fin a una vieja y estúpida leyenda" en torno al supuesto anti-norteamericanismo del peronismo y que "se levantaran todas las sombras de las relaciones entre los Estados Unidos y Argentina"¹². Cuando regresó a casa, tuvo el placer de anunciar que traía consigo un nuevo crédito *stand-by* por US\$1.4 mil millones del FMI, una solución bien recibida pero de corta duración a los problemas argentinos de deuda externa.

Perspectivas

LA AGENDA DE MENEM ES AMBICIOSA y debe ser implementada rápidamente. Los controles de precios han sido ensayados anteriormente, pero siem-

11 / *The New York Times* octubre 10, 1988, p. 3.
12 / *The New York Times* septiembre 21, 1989, p. 5.

pre han sido seguidos por una renovada aceleración de los precios. Y ni siquiera las Fuerzas Armadas pudieron lograr la privatización. Pocos dudan de que Menem quiera modificaciones en la estructura económica de la nación, pero como siempre, la mayoría de los argentinos se muestra escéptica sobre sus posibilidades de éxito.

Durante 1990 Menem ha tenido que enfrentarse con varios obstáculos inevitables. Para empezar, ya se encuentra confrontado con un movimiento sindical cuyos miembros están temerosos de la privatización y el desempleo que puede acompañarla. Más aún, después de una década marcada por pérdidas sustanciales en los salarios, las perspectivas de una recuperación inmediata de los ingresos no son halagüeñas. Una reciente encuesta encontró que mientras el sesenta por ciento de los argentinos se mostraba optimista sobre su mejoramiento económico en 1985, sólo el treinta por ciento lo manifestaba en junio de 1989¹³. Mantener el apoyo de la CGT a medida que crece la adversidad no será fácil, incluso para un hombre elegido por la base peronista, puesto que la confederación ya se ha dividido en torno al papel que debe jugar en el nuevo gobierno.

Igualmente importante es el hecho de que Menem depende de los acaudalados y de las corporaciones privadas para que realicen las inversiones que rehusaron efectuar durante la década de los ochentas. Deben regresar a Argentina parte de los US\$46 mil millones que sacaron del país, y gastarlo productivamente para aumentar las exportaciones argentinas. Menem no tiene reatos en que las firmas obtengan ganancias, pero él insiste en que aquéllas deben también contribuir a la economía. Desafortunadamente los empresarios argentinos son notoriamente cautos en aceptar las solicitudes gubernamentales de inversiones a largo plazo. Se han convertido en criaturas de intereses estrechos y a corto plazo, y nadie quiere ser el primero en cambiar.

En tercer lugar, no hay forma de que Argentina pueda pagar pronto una parte sustancial de su deuda externa, aún con más ayuda del FMI. Un intento para hacerlo reduciría las reservas de dólares necesarias para financiar el desarrollo. Argentina podría pedir más préstamos, pero ello incrementaría su deuda. Sin embargo, si los deudores no ceden, Menem podría tornarse menos cooperativo.

Cuarto, el poder político peronista no es tan grande como aparenta serlo. Es por esta razón que Menem ha intentado incluir a muchos de sus potenciales oponentes en su coalición de gobierno. Es esencial que éstos permanezcan en la coalición hasta que las medidas oficiales comiencen a tener éxito. De otra manera, Argentina sería lanzada de nuevo a una clase de política sin ningún resultado positivo, que se derrota a sí misma. Los radicales son los más fuertes oponentes del gobierno y pueden hacerle la vida difícil a Menem cuando éste solicite reformas fiscales y tarifarias en este año. La oposición es esencial para las democracias, pero también debe ofrecer alternativas políticas razonables y relevantes.

Finalmente, aunque las Fuerzas Armadas no representan una amenaza inmediata para la democracia, constantemente debe recordárseles el papel

13/ Edgardo Catterberg, *La Argentina frente a la Política: Cultura y Opinión Pública en la Transición Argentina a la Democracia*. Buenos Aires: Planeta, 1989.

subordinado de los militares. A su vez el gobierno civil debe hacer un mayor esfuerzo para entender a las organizaciones y el presupuesto militares y aplicar más este conocimiento a las Fuerzas Armadas. De otra manera, los militares continuarán disfrutando de la autonomía de facto que los hace tan fuertes.

EL ORDEN SOCIAL

“El descubrimiento de que hay en la sociedad órdenes que no han sido diseñados por los hombres sino que han resultado de las acciones de los individuos, sin que ellos hayan tenido la intención de crearlos, es el triunfo de la teoría social. Más bien, ese descubrimiento demostró que la teoría social tiene un objeto de estudio”.

Tipos de Orden en la Sociedad
Friedrich A. Hayek